



SILENCIO

La cuarta investigación del detective Brenner

Wolf Haas

El silencio es la divisa del Marianum, un internado masculino religioso del que la ciudad de Salzburgo está muy orgullosa. Pero el silencio es sustituido por todo tipo de terribles rumores cuando el director espiritual del centro, y candidato a obispo, es acusado por un antiguo alumno de actitudes poco «adecuadas» y aparecen en el colegio veintitrés bolsas de plástico llenas de restos humanos. La dirección del centro contrata al detective Simon Brenner, que se sumergirá de lleno tanto en los secretos del colegio como en los del Festival de Salzburgo. Una novela impertinente e imaginativa, en la que crímenes y ópera se encuentran de un modo inesperado.

SILENCIO

Wolf Haas

1

¡Y dale!, ha vuelto a ocurrir algo.

Y precisamente en el Marianum, donde se diría que por una puerta entra el modosito hijo de campesinos a sus diez años de edad, y por la otra sale, ocho años más tarde, el joven convertido en cuasipárroco. No es de extrañar que durante tanto tiempo nadie haya sospechado nada. Porque en realidad, es inaudito que justo en el internado más puro purísimo de todo Salzburgo haya podido ocurrir algo semejante.

Pero hablando de pureza, no me refiero, claro está, a la higiene en el sentido estricto, porque en el internado siempre ha habido un poco de hedor, o sea que los efluvios de los pupilos nunca han olido lo que se dice a rosas. Y cuando de buenas a primeras en el Marianum necesitaron a un detective, a este los particulares humores no le pasaron desapercibidos, sobre todo en los primeros días. Porque un internado como este tiene humores que no encuentras en ningún otro sitio.

Las aulas de las escuelas, claro, siempre hieden, eso es innegable, por lo mismo los maestros reciben un suplemento salarial, y encuentro que con toda la razón. Porque si estás obligado a permanecer en un aula con veinte o treinta adolescentes, seguro que tienes la tentación de intercambiar a algún que otro escolar, cerrado de mollera, por un ambientador con forma de árbol.

Pero el internado es otra cosa bien distinta. Cuando Brenner llegó al Marianum y se instaló en la habitación va-

cía del viceprefecto, el olor le recordó inmediatamente los cuarteles de la policía. Porque diecinueve años en el cuerpo antes de ser autónomo marcan, de modo que el resto de tu vida todo te lo recuerda.

Y lo creas o no, cada uno de los pisos de la enorme y vieja fortaleza que alberga el internado tenía su propio humor. No obstante, los olores no eran del todo clasificables. Porque si bien la cocina y el comedor se encontraban en la planta baja, el rancio humor a comida se repartía por toda la casa y aunque hubieran instalado la nueva capilla en el desván, o sea cuatro plantas por encima de la cocina, a veces olía a fonda que era un primor.

Desde el punto de vista arquitectónico, la capilla del desván era una obra de arte; sobre la vieja muralla del monasterio habían colocado hacía diez años un nido de pájaro supermoderno de manera que al entrar quedabas con la boca abierta porque el techo de la capilla, todo de cristal, ponía el cielo al alcance de la mano. Pero desde el punto de vista de la técnica de ventilación era problemático, porque por algún motivo absorbía los vapores de la cocina.

Pero es increíble con qué rapidez el ser humano se habitúa a nuevos olores, y el tercer día Brenner ya casi no los notaba. Claro que no importaba, pues al fin y al cabo no había sido contratado por la dirección del internado para que analizara olores. El rector no necesitaba un olfateador, sino... escucha lo que digo.

Normalmente Brenner no tenía una nariz fina de las que detectan hasta el más mínimo olor. Si has pasado diecinueve años en la policía, has tenido suficientes ocasiones para extirparte ese tipo de sensibilidades. Y Brenner en todo caso nunca ha sido de los exquisitos. Lo dice ya su apariencia exterior. Un rechoncho con una cara en la que las marcas de la viruela eran lo más terso que había, porque los dos surcos verticales le partían las mejillas en profundidad. O sea, la pregunta del millón con nivel de difi-

cultad bajo era solo si el tipo era un exmadero o un famoso catador de perfumes francés.

El hecho de que fuera justo en el Marianum donde de repente Brenner empezara a poner tanta atención a los olores, era de nuevo..., cómo te diría, porque no es que yo quiera disimular sus defectos. Sencillamente era así. En su trabajo de investigador ya esto le había acarreado algún que otro problema. Siempre lo anodino primero. Un tic patológico del que Brenner simplemente era incapaz de desembarazarse. Siempre buscando tres pies al gato. En la policía sus superiores trataron de extirparle la manía, pero ni por esas, Brenner no cedió ni un milímetro en su método. Y lo peor de todo es que es contagioso. Yo mismo me doy cuenta de que he comenzado por lo más anodino. Al final, cuatro muertos, que se dice pronto, y no es para estar perdiendo una eternidad hablando de olores. Pero ya que estoy en ello, te cuento rápidamente cómo es que a Brenner, a estas alturas, le dio por interesarse por ellos.

El mismo día que llegó al Marianum, el joven rector le pidió acudir a su despacho a las diez de la noche. Escucha, es fácil de recordar: el rector es el jefe y los prefectos los subjefes. A Brenner le sorprendió bastante que un hombre tan joven fuera ya sacerdote y encima jefe del colegio arzobispal para seminaristas, o sea misión espinosa. Pero el joven rector hacía bien su trabajo, con dignidad y toda la pesca. Y fue él el que dijo: esto no puede seguir así, hay que buscar un detective que lo destape todo.

Cuando su reloj digital –regalo de despedida del cuerpo de policía, para el que hace tres años contribuyeron todos sus compañeros– saltó marcando las 22:00, Brenner llamó a la puerta. Pero el que le abrió no fue el rector, porque no estaba solo en su despacho. Le abrió el viejo prefecto con el labio leporino, el mismo que esa tarde le había adjudicado la habitación vacía del viceprefecto en la tercera planta. Lucía una barba gris poblada y bien recor-

tada, que impedía ver el labio leporino a primera vista. Aunque el intento de esconder los defectos ya se sabe; es como con los calvos que se peinan los cuatro pelos sobre la calva y parecen aún más calvos. O si me apuras, como los asesinos con un comportamiento tan poco llamativo que ya hacen resonar las esposas por el solo hecho de haberle dicho a un policía: qué buen tiempo hace, ¿verdad?

Ahora bien, el labio leporino apenas se notaba por la barba, pero el defecto del habla era tanto más llamativo. Seguro que en la niñez hubo operaciones y demás mandangas. Ahora bien, el viejo prefecto tenía una manera de hablar un poco singular, como la gente que usa dentadura postiza y antes de ir a dormir la ha colocado en el vaso con el Kukident. A Brenner le pareció incluso un tanto extraña su voz cuando en el despacho del rector le presentó al segundo prefecto diciendo:

—El señor Fitz, nuestro prefecto de deporte.

Los pelos erizados del prefecto de deporte vibraron como alambres de antena al estrecharle la mano, a modo de saludo caluroso. Brenner se percató de que este, a diferencia de los otros dos, no llevaba traje de cura con alfiler plateado en forma de cruz, sino tejanos y camisa blanca. Sencilla explicación: no era sacerdote, sino prefecto laico. Y como el prefecto de deporte estaba sentado entre el rector y el prefecto con labio leporino, formaban para Brenner una composición curiosa, no simpática sino... ¿cómo es la palabra que suena parecido? A la izquierda negro, a la derecha negro y en el centro blanco. Simétrica, eso es. Y casi tan rígida como las de las viejas pinturas al óleo que ensombrecían los pasillos del Marianum, cuyo tufo untuoso, unido al olor a aceite de cocina y de suelos, confería al aire una densidad grasienta como la de un museo.

A Brenner, sin embargo, seguro que le habría pasado desapercibido de no ser porque por encima de las tres ca-

bezas brillaba en letras doradas la inscripción «Silentium!».

La inscripción estaba justo en la pared del despacho del rector, por lo que la imagen entera le pareció a Brenner, en cierto modo, un paisaje de otro mundo. Y eso que en el día ya había visto la inscripción en todos los pasillos y salas de estudio y hasta en las salas de baño, donde se exhortaba a los pupilos a cada paso: *silentium*, por aquí; *silentium*, por allá. Y tengo que decir que lo comprendo perfectamente porque en una escuela para chicos tienes que andarte con sumo cuidado para que el ruido no te salga por las orejas; la gritería durante todo el día es tal que a ti, como educador, puede pasarte un día que habiendo perdido los nervios dispares al montón y de tanto grito en la pausa no oigas tu propia metrallata.

En el Marianum decidieron cortar por lo sano y coger de entrada el toro por los cuernos; de modo que gran parte del tiempo solo estaba permitido susurrar, y el resto: absoluto silencio. Claro que resulta un poco siniestro ver cómo cientos de niños no dicen ni pío. Y quizás era esta un poco la razón por la que los olores habían pasado a un primer plano.

Ahora bien, relación interesante: justo para el silencio el hombre más importante era el prefecto de deporte. No es como en la política o en la televisión, donde dicen que el más tonto se encargue del deporte, sino todo lo contrario, en un internado de chicos el deporte es casi lo más importante. Porque el muchacho tiene, claro, una energía que no veas, y esta tiene que canalizarse, porque de lo contrario se te pone tan nervioso que ya puedes gritarle cien veces que guarde silencio; sin deporte no hay grito que valga porque ya puedes darte por satisfecho si no coje y despedaza a la pinche de cocina.

Pero esta noche era el joven rector el que hacía de pinche, o lo que es lo mismo, él mismo se encargó de poner la mesa, de manera que la del despacho prácticamente

desapareció tras las montañas de exquisiteces: bolsa de cacahuetes tamaño familiar, patatas chips tamaño familiar, palitos Soletti tamaño familiar, bocaditos salados tamaño familiar, gusanitos tamaño familiar, galletas Tuc tamaño familiar. Porque creo que si hoy en día no puedes tener tu propia familia, al menos querrás despachar alguna vez tú solo una bolsa tamaño familiar, o lo que es lo mismo, satisfacer un impulso homicida.

Cuando Brenner vio que el joven jefe religioso abría una tras otra las bolsas tamaño familiar, se acordó de que en el expendedor de condones de la cantina de la policía de Linz ponía: «Caja tamaño familiar a precio reducido». En principio, palabras mal elegidas, puesto que lo que se pretende con el producto es evitar la familia. A modo de precaución Brenner se metió ahora un puñado de cacahuetes en la boca para no contarlo. Pues en presencia de dos sacerdotes quizás no era este el comentario más indicado.

Y he aquí de nuevo la utilidad que puede llegar a tener una inscripción de pared de esta índole. Porque de no haber sido por la inscripción dorada «Silentium!», que lo exhortaba desde la pared, a Brenner seguro que se le habría escapado. Le llamó la atención lo bien que el artista había moldeado la escritura, la extremada finura de las letras, pero para la «t» del medio no había empleado letra sino que había camuflado ahí una sencilla cruz.

Ahora bien, si no dices lo de los condones, puede suceder fácilmente que no digas nada. Y los tres prefectos tampoco decían nada. Pero lo creas o no, *silentium* no se hizo porque entre los dientes crujían los palitos salados que ni que aquello fuera una fiesta infantil.

—¿Una cerveza? —preguntó por fin el joven rector.

El prefecto con el labio leporino abrió los diez dedos de las manos girándolas a un lado y a otro, como si no supiera qué debía contestar, pero luego consiguió exprimirle un hilo a su extraña voz y dijo:

–Un sorbo no esdaría mal.

¿Esdaría? Por un momento Brenner pensó que se trataba de una fórmula de cortesía entre sacerdotes, que no incluye la «t» y expresa de la forma menos directa posible que un sorbo podría no sentar mal, pero la verdadera razón por la cual se le había escapado la «t» era, claro, el paladar hendido. Porque no debes olvidar una cosa: hoy en día se pueden hacer verdaderas maravillas para reparar el labio leporino, pero el prefecto debía de tener más de sesenta años y en aquella época solo los malos zapateros eran reconvertidos en cirujanos. De modo que te podías dar con un canto en los dientes si durante la operación no se les escapaba el bisturí demasiadas veces.

Cuando el joven rector llegó cargando la caja de cervezas, Brenner notó que a pesar de su juventud ya estaba un poco reblandecido. Era en principio un hombre guapo, alto, de cabello negro y piel pálida al más puro estilo de actor de película muda. Hace unos años, cuando el obispo lo envió primero como prefecto al Marianum, hasta hubo malas lenguas que afirmaban que había sido por las beatas en su antigua parroquia. Porque estas habían hecho piña alrededor del recién ordenado sacerdote que para qué te cuento. Cualquiera habría dicho que aquello no era un altar sino una playa del Adriático y aquel, no un sacerdote sino un animador de un club de vacaciones, y que allí no era únicamente el cuerpo de Cristo el que había que ensalzar, sino que también el de su representante estaba involucrado en el asunto.

Pero lo dicho, de eso hace años, y entre tanto el sacerdote se había convertido en el rector más joven de la historia del Marianum. Increíble el desarrollo que había alcanzado. Su única debilidad era quizás que también su apetito había experimentado un desarrollo increíble. Si bien con el ayuno de Cuaresma volvía a tener una y otra vez su peso bajo control, y podías estar hablando con él

horas enteras sobre la nueva dieta publicada en *Brigitte*, el reblandecimiento ya no se lo sacaba de encima.

Sencillamente pecaba demasiado entre comidas, una vez era el chocolate, otra el helado y hoy, por ejemplo, volvía a pecar gravemente con la cerveza y los bocaditos salados, pues su excelencia despachaba cervezas en un santiamén.

–Los bocaditos salados producen sed –dijo asintiendo como si tuviera que darse a sí mismo la razón, y volvió a llenar los vasos de los demás. Pero creo que no se debía solo a los bocaditos salados. También se debía un poco al tema espinoso que le quemaba la lengua. Tenía que decirle por fin a Brenner cuál era el motivo por el que lo había llamado. Pero antes tuvo que empinar de nuevo el codo; increíble la cantidad de cerveza que el hombre se había metido entre pecho y espalda.

Poco a poco no fue quedándole más remedio que desembuchar y explicarle a Brenner qué esperaba de él. Pero tuvo que empezar por Adán y Eva porque Brenner ni siquiera sabía que había elección de obispo a la vuelta de la esquina.

–Obviamente estamos muy orgullosos de que el candidato preferido por el papa haya salido de esta casa –s subrayó.

–Muy orgullosos –corroboró el prefecto del labio leporino que no sé por qué volvía a pronunciar con toda claridad, quizás por el relajamiento producido por la cerveza.

–Aunque con toda humildad también hay que decir... –añadió Fitz, el prefecto de deporte, encogiéndose un poco de verdad, o sea gesto de humildad. Aunque de tanta humildad olvidó qué era lo que había que decir con todo y querer ser humilde.

–Sí, por supuesto –asintió el joven rector porque sabía exactamente cuál había sido la intención del compañero, como quien dice, comprensión a ciegas. Y Brenner en el transcurso de la noche también lo percibió: que tan orgu-

llosos no tenían que estar, pues desde generaciones, por no decir siglos, todos los obispos habían salido del Marianum, y por el lado laico, todo quisque que se preciara, desde el alcalde hasta el gobernador de la provincia.

Y luego, claro, estaba la otra cara del orgullo. O digámoslo así, el otro asunto del que no se podía estar para nada orgulloso.

–Los humores –dijo el prefecto de labio leporino levantando el índice.

Y creo que esa fue la verdadera razón por la que en los siguientes días Brenner estuvo tan atento a los humores en el internado. Porque el viejo prefecto, que también tenía que estar sintiendo un poco el efecto de la cerveza, repetía como un auténtico hipnotizador con su insistente voz nasal:

–Los humores.

El prefecto Fitz salió llevándose la caja con los cascós vacíos, pero no por el olor. Porque, lo creas o no, regresó con un barril, pequeño, pero al fin y al cabo barril de cerveza en toda regla. Y es que en ese aspecto en el Marianum sí que cuidaban la cultura. No bebían la cerveza de barril en los mismos vasos que usaban para la de botella. El prefecto de deporte apareció con cuatro jarras de cerámica gris con el escudo del monasterio de los capuchinos. Debía de ser un regalo de un antiguo abad porque en el Marianum, obvio, no había más que sacerdotes seculares con trajes negros, nada de frailes con hábitos.

Una vez llenadas las jarras, los cuatro hombres brindaron haciéndolas chocar^ y Brenner preguntó:

–¿Qué humores?

El rector y el prefecto de deporte Fitz lo miraron tan atónitos que Brenner creyó por un momento que en su mareo había acabado soltando el comentario sobre el tamaño familiar. El aturdimiento hizo que se llevara rápidamente la jarra a la boca. Pero el prefecto Fitz le había servido con tanta torpeza que la mitad de la jarra era espuma,

y cuando Brenner la apartó de los ojos, su mirada volvió a recaer en la inscripción que había por encima de la cabeza del rector, en la cruz dorada en medio de la palabra *silentium*.

Y claro, el velo que había cubierto sus ojos cayó reveladoramente, pues la llamativa «t» hizo las veces de índice de Dios.

—¿Qué rumores? —volvió a preguntar en el mismo tono como si antes lo hubiera dicho correctamente.

—Rumores —dijo el prefecto de deporte. El alcohol ya le trababa bastante la lengua, pero pronunció la palabra impecablemente—. Solo rumores —de los tres educadores era él a ojos vistas el que soportaba menos el alcohol. Es posible que la consagración como sacerdote suponga cierta ventaja en la lucha contra el diablo etílico, porque el joven rector seguía tan rígido como al comienzo, y del prefecto con el labio leporino a lo sumo podría decirse que las letras le iban y venían a su antojo, pero por lo demás no se le notaba lo más mínimo.

—¿Qué rumores? —volvió a preguntar Brenner. Normalmente lo de preguntar sin ambages no era su fuerte; se perdía más bien en nimiedades. Supongo que el alcohol debió de ayudarle. Porque hoy en día el alcohol es a menudo muy socorrido cuando te encuentras en una situación en la que tienes que repetir algo obstinadamente el mayor número de veces posible.

El prefecto leporino, no obstante, no contestó. Y el prefecto deportivo seguía ahí mudo, y la pierna izquierda le temblaba como una máquina de coser o como si estuviera constreñido. Y el rector tampoco dijo nada. A Brenner le parecía estar hablando con la pared. Porque al menos la pared decía algo, aunque no fuera más que siempre el consabido «*Silentium!*».

Pero al conocer por fin los rumores, Brenner comprendió que los caballeros tuvieran que beber hasta entrada la madrugada antes de poder desembuchar los últimos de-

talles. A las cuatro de la mañana por fin lo supo todo. Supo del candidato episcopal Schorn, supo que monseñor Schorn había sido hace treinta años padre espiritual en el Marianum e incluso lo que implicaba el cargo.

Escucha, no es difícil de entender: rector, jefe; prefecto, educador; padre espiritual, salvador de almas. Porque un prefecto a menudo tenía que ser estricto y entonces se dijo y con razón que no era lo ideal para el desarrollo del alma que el pupilo tuviera que confesarse, por ejemplo, ante su propio prefecto, por lo del clima de confianza. Para eso estaba el padre espiritual, que hacía meditación musical, meditación con imágenes, confesión en privado y cosas por el estilo.

En teoría, un chico podía acudir al padre espiritual para quejarse del prefecto y esperar de este que no lo castigara, sino que lo comprendiera. Sobre todo para los más pequeños debía ser un referente importante porque los prefectos son a menudo muy severos, no voy a decir que haya acoso psicológico como el que hay en las sectas, pero sí severidad. Y mucha. De modo que el padre espiritual era, claro, un refugio. Pero no vayas a pensar que no tenía importancia. Algunos de los chicos en torno a los diez años iban cada noche a ver al padre espiritual, hasta se inventaban pecados para tener una excusa para la confesión en privado o para la meditación con imágenes y música, para hacer arrumacos y manitas y combatir así el diablo de la morriña.

–Humores –soltaba cada dos por tres el prefecto leporino. Pero a las cuatro de la madrugada, cuando llevaban ya un buen rato dedicados al aguardiente de Rocca di Papa, el joven rector ya se lo había confesado todo a Brenner. Y es que en realidad no le quedaba más remedio porque un antiguo pupilo había sacado a relucir historias sobre el monseñor Schorn. Justo ahora que el papa había dicho: venga, démosle a Schorn el obispado.

El viejo prefecto dijo que había que entender también al padre espiritual. Su tarea le confería una situación de mayor cercanía con respecto a los chicos que la de los prefectos. Y que sin duda el antiguo pupilo simplemente seguía dolido porque el padre espiritual Schorn le había señalado un problema de higiene. En este punto los chicos pueden ser muy vengativos, pueden guardarse esas cosas durante años y décadas, solo porque en una ocasión se les dijo quizás que el agua estaba para lavarse.

—El que tiene la culpa de todo es el psiquiatra —aseguró el prefecto deportivo de marras, Fitz.

Porque no fue ni siquiera al expupilo mismo al que se le ocurrió lo de las historias; tenía problemas matrimoniales y la mujer le dijo que fuera al psiquiatra. Luego, claro, se sintió presionado, creyó que tenía que acordarse de ciertas cosas del año catapún, o sea de lo de la clase de higiene personal en las duchas del sótano con el padre espiritual Schorn.

Hoy en día cada grupo del Marianum tiene sus propias salas de ducha en las distintas plantas del edificio; antes, en cambio, solo existían las cuarenta duchas en el fondo del sótano del internado; fue entonces cuando el padre espiritual tuvo que decirle una vez a ese alumno: eres un chico muy simpático, tus rizos rubios son muy guapos y tal, pero desgraciadamente tienes un problema de higiene.

Aunque el padre espiritual, siempre tan sensible, lo hizo de tal manera que nadie se percató porque, obvio, para un chico de diez años es una tremenda vergüenza; te conviertes, por descontado, en el hazmerreír de la clase. Ahora bien, el padre espiritual dijo que el domingo siguiente, cuando todos estuvieran en misa, bajaría con él a las duchas y le enseñaría a lavarse como Dios manda.

Es que estas cosas siempre son delicadas, ya me dirás, y el prefecto leporino bien que tenía razón al decir que alguien tenía que explicárselas al chico.